

Chirbes, Rafael. *El viajero sedentario. Ciudades*. Barcelona: Anagrama, 2004. 372 pp.

Afirma Rafael Chirbes, en un epílogo titulado «Justificación», que las cuarenta y dos secciones que componen su libro fueron publicadas originalmente en la revista *Sobremesa*, a la que ha enviado con regularidad entregas desde hace más de veinte años (271). Estas cuarenta y dos secciones aparecen a su vez organizadas en diez grandes epígrafes («Orientales», «América», «Las ciudades del frío», «Los puertos del norte», etcétera). El resultado final es un mosaico de espacios urbanos visitados por Chirbes desde finales de los años 80. Éste es probablemente un dato imprescindible para entender el presente volumen porque cada breve capítulo está encabezado por un título y por una fecha que marca tanto el momento de la visita como el de la escritura misma. Esta interacción entre espacios y tiempos facilita dos reflexiones iniciales. En primer lugar, este «viajero sedentario» escribe, si no a la vez, poco después del instante de la observación. Sus comentarios pueden ser leídos, por ende, como una suerte de diario de viaje o cuaderno de bitácora. Ahora bien, con una salvedad: la linealidad o consecutividad temporal han sido sacrificadas en aras de un devenir desordenado, fragmentario y zigzagueante. En segundo lugar, ciertas lecturas de algunas urbes sólo se pueden entender desde esta conjunción cronotópica. El caso más evidente es el de Leningrado, visitada por el autor en 1985, antes obviamente de la caída del Muro de Berlín y del desmoronamiento del bloque soviético. Aunque *El viajero sedentario* fue publicado en el año 2004, incluye espacios y aproximaciones que, leídos dos décadas después, resultan anacrónicos. Anacronismos conscientemente asumidos que constituyen además parte del encanto y de la compleja estructura espacio-temporal del volumen.

Otro aspecto de interés es el sujeto cognoscitivo que se pasea por espacios tan distantes y rescata sus impresiones en breves ensayos de interpretación. Me parece que en el análisis de este tema podemos discernir las posibilidades y limitaciones del interesante proyecto de Chirbes. Todas las narraciones del volumen están protagonizadas por un misterioso y discreto personaje al que una voz en tercera persona se refiere constantemente como «el viajero». De este viajero también habla la última sección, anteriormente mencionada: «Quiero que quede constancia que de que hubo un tiempo en el que viajar salvó de sí mismo a un joven que peleaba contra una realidad gris que lo rodeaba, asfixiándolo» (271-272). En este punto de partida, *El viajero sedentario* se enmarca con cierta facilidad en una extendida actitud literario-generacional del periodo democrático que, como Eduardo Subirats ha explicado, encontró en el cosmopolitismo urbano una estrategia para la internacionalización/normalización de la literatura española posfranquista. No sería demasiado difícil ni temerario comparar a este «viajero» con los narradores y/o protagonistas, por ejemplo, de ciertas obras de Antonio Muñoz Molina, como *El jinete polaco* (1991), *Sefarad*

(2001) o *Ventanas de Manhattan* (2004). Este viajero desarrolla además su labor en un momento muy concreto de la reciente historia nacional que, como ya ha sido señalado en numerosas ocasiones, está marcada por la rearticulación de España como un país democrático y capitalista, plenamente integrado en los órganos militares, económicos y políticos del neoliberalismo occidental. Un periodo del que nos interesa especialmente, para el caso que nos ocupa, la intensificación y expansión de la industria turística en tanto que medio material y marco epistemológico para el viaje en la era de la globalización. De hecho, el título del propio volumen, «el viajero sedentario», podría ser entendido como un circunloquio feliz (y con algo más de glamour cultural) para nombrar al nuevo turista.

Aunque este extremo nunca es aclarado por el narrador, el personaje principal de estas estampas parece pasar en estas ciudades un tiempo indeterminado, que podemos inferir como no superior a unos días, quizás semanas. Sus comentarios incluyen no solo impresiones paisajísticas (en mi opinión, las partes menos interesantes y más predecibles del conjunto), sino también comentarios sobre la historia de las urbes, citas literarias y esfuerzos por mostrar las dinámicas de fondo que rigen y modulan la apariencia fenomenológica de la ciudad. En estos comentarios, el viajero se muestra como un agudo observador intelectual que desconfiaba de la ciudad como parque temático o escenario estético. En este punto, y parafraseando la famosa frase de Walter Benjamin, el narrador insiste en mostrar la urbe (espacio privilegiado del progreso, la civilización y la modernidad) como una genealogía de ruinas, de destrucciones, desplazamientos y aniquilaciones, cuyos rasgos y restos detecta o intuye en el espacio teatral y plano preparado para el turismo. Las constantes dosis de documentación y análisis que este narrador aporta a la trama de libro constituyen un esfuerzo por saltar sobre la ciudad misma, sobre la presentación que esta última le propone a su fugaz visitante, con el fin de identificar una ciudad interna, los mecanismos fundacionales de la ciudad o la maquinaria histórica que la ha conformado (desplazamientos de capital, luchas de clase, revoluciones deslavazadas, represiones, tensas negociaciones de poder, injustos agrupamientos genérico-raciales, proyectos imperialistas y coloniales, etcétera).

El resultado final, como no podía ser de otra manera, es un tanto ambiguo. Por una parte, estamos ante un proyecto desmedido: el entendimiento y descripción (aunque se asuma como una tarea necesariamente parcial) de más de cuarenta ciudades distribuidas por varios continentes. Los peligros de esta ambición son, hasta cierto punto, insalvables: el tono divulgativo, la caída en estampas tópicas sin demasiado interés, el discurso analítico de baja intensidad al estilo de las guías de viajes, esporádicas pero innecesarias repeticiones, el diletantismo y una ausencia notable de interacción con los habitantes de estos espacios. Por otra parte, el texto de Chirbes (un escritor con gran oficio) puede ser leído como un entramado de hilos que finalmente tejen una imagen más o menos

coherente. En mi opinión, son esas dos o tres tramas narrativas intermitentes, relacionadas con las marcas que el capital y los conflictos socio-políticos dejan en el territorio urbano, lo mejor de este libro. En esas tramas Chirbes delinea (de una manera que, al menos a mí, me hace pensar en el W.G. Sebald de *Los anillos de Saturno*) un interesante juego de ecos y resonancias en el que la historia (en su doble acepción de *history* y *story*) aparece como un sistema de variaciones y repeticiones de un mismo y contradictorio tema: desarrollo y atraso, enriquecimiento y explotación, desplazamientos y afianzamientos, contaminación y búsqueda de la pureza, despliegues y repliegues del poder político, construcciones y destrucciones, integración y marginalización, libertad y sujeción, violencia y compasión, olvido y recuerdo. En estas partes del libro, la ciudad emerge como un tiempo de tiempos, una temporalidad densa en la que todo parece a un paso de su destrucción y en la que, sin embargo, nada termina de ser destruido definitivamente. Estas partes, que además entroncan con muchas de las preocupaciones políticas desarrolladas por Chirbes en su novelística, ameritan la lectura de este ambicioso volumen.

Dartmouth College

ANTONIO GÓMEZ LÓPEZ QUIÑONES